

CANCIÓN.

Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas,
En que cayeron madre y hermana.
Fieles á Artigas y á sus ideas,
Bendita seas por la mañana
Y por la noche bendita seas,
Tierra querida, tierra lejana.
De mis amores y mis peleas.

Desde esta patria, mi amparadora,
Donde hace tiempo vivo penando,
Yo te saludo cuando la aurora
Tras de los montes viene pintando;
Y por si llega mi última hora,
Cuando me acuesto mi adiós te mando,
Desde esta patria, mi amparadora,
Donde hace tiempo vivo penando.

Tú no te apartas un solo instante
De mi recuerdo; mi alma te tiene;
Tú eres la novia que está distante,
Yo el que en la ausencia leal se mantiene.
Yo soy el cuerpo que va delante,
Tú eres la sombra que detrás viene;
Tú no te apartas un solo instante
De mi recuerdo; mi alma te tiene.

Mientras conserve resto de vida,
;Oh dulce patria, mi única gloria!
Aunque mi alma quedase hundida
Bajo mi triste piedra mortuoria,
Ni Dios que quiera decirme: ;olvida!
Podrá arrancarte de mi memoria
Mientras conserve resto de vida,
;Oh dulce patria, mi única gloria!

Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas,
En que cayeron madre y hermana
Fieles á Artigas y á sus ideas,
Bendita seas por la mañana
Y por la noche bendita seas,
Tierra querida, tierra lejana
De mis amores y mis peleas.

CARLOS ROXLO ⁽¹⁾

UN CUENTO DE ANDERSEN.

A la preciosa niña María, hija del eminente
poeta Zorrilla de San Martín.

I.

¿Me pides que te cuente
Algo que dulcemente,
Cual salvador rocío,
Las tentaciones de la noche ahuyente?...
Aunque hace tiempo calla el estro mío
Falto á la vez de música y de flores,
Resucitar confío.
Hurgando mi memoria,
Alguna vieja y peregrina historia
Que sacie tu deseo
Y un enjambre de sueños bienhechores
Consiga que te brinde el dios Morfeo.

II.

¿Estás contenta ya? ¿Ya te sonríes?
¿Ya tus ojos de brillos de turquesa,
Que envidian las huríes,
Me agradecen amantes mi promesa?
Al contemplar tu deleitoso encanto,
Tu alegría inocente,
Se deshacen en llanto
Las nubes ¡ay! que cruzan por mi frente;
Pues me recuerda dulce y delicada
Tu voz, que arrulla mi cansado oído,
Los puros goces de mi edad pasada,
Como recuerda al ave aprisionada
La virgen primavera,
Los poemas de amor que entraña un nido
Pendiente de un arbusto en la pradera.

III.

Érase que se era
Una sirena azul y nacarina,
La envidiada heredera
Del rey más poderoso de los mares,
Un pobre rey que cuando el sol declina,

(1) CARLOS ROXLO, nació en Montevideo y se educó en Barcelona. De regreso á la patria, siendo muy joven empezó á escribir para el público en la prensa de la capital. En 1885 publicó su primer libro, *Estrellas fugaces*, al que siguieron, *Alas*, *En los bosques*, *Soledades y Armonías Crepusculares*, todos de versos, amén de algunos folletos políticos y un compendio de Estética. Ultimamente ha compilado sus poesías en un lujoso volumen titulado *Cantos de mi tierra*. También ha figurado en política, siendo diputado y periodista. Es uno de los poetas más populares

Se acerca á contemplar nuestros hogares,
 Porque prefiere á su nación marina,
 De los bosques costeros los palmares.
 La niña de las olas azuladas,
 Como ya ha paseado sus miradas
 Por todo cuanto encierra
 Su dominio de espumas argentadas,
 Se pregunta, cruzando las espumas,
 Si serán los cansancios en la tierra
 Iguales á los tedios en las brumas.

IV.

Yo decirte podría
 Que no halla diferencia el que se hastía,
 Entre el límpido cielo,
 El verde mar, las rocas de la playa,
 El árbol de moviente terciopelo,
 El rubio sol, y el ave cuyo vuelo
 Traza en lo azul una invisible raya.
 Ya lo sabrás; tu historia,
 Como todos los poemas terrenales,
 Tendrá mucha negrura y poca gloria,
 Pocas brisas y muchos vendabales;
 ¡Yo me sé de memoria
 Que para cada lirio hay dos zarzales!

V.

Una noche salió de su morada
 La cándida sirena,
 Al tibio rayo de la luna llena
 Que en la callada inmensidad oscila
 Cual de un titán vencido la pupila
 Que huyó en las sombras á ocultar su pena.
 La mar, arrebatada
 En las potentes alas del pampero,
 Ruge y gime y se enrosca y serpentea,
 Reflejo verdadero
 De las trágicas luchas de la idea.
 Y ya lejos del sitio do escondida
 Jugara en los albores de su vida,
 La sirena angustiada
 Ve á un joven que clavando su mirada
 En un frágil madero,
 Persiguiéndole nada
 Con la energía crúel, desesperada,
 Del esfuerzo postrero.
 ¡Tiembles, pobre alma mía,
 Del naufrago pensando en la agonía?...
 Hay un mar más profundo
 Que el encrespado mar ronco y salobre:
 Pídele á Dios que en el fangal del mundo

del país. Su lira tiene todas las cuerdas, desde la épica, hasta la sentimental y tierna. Sus composiciones eróticas son de mérito. También tiene composiciones de vibrante inspiración patriótica. En general sus composiciones adolecen de cierto artificio, que no impide que sean de las más hermosas escritas en el país. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad.

Nunca el bajel de tu candor zozobre.
 El mar al fin, cuando la calma llega,
 A la playa sus víctimas arroja
 Y á la piedad del hombre las entrega;
 Pero el mundo, que artero nos amaga,
 Cuando de virtud flaco se despoja
 Un corazón de deleznable arcilla,
 El manto azul de su inocencia traga
 Y no devuelve el naufrago á la orilla.

VI.

La sirena que mira...
 ¡Pero no llores, por piedad, no llores!
 ¡Si el naufrago no ha muerto! ¡Si respira!
 ¡Si no he llegado aún á los dolores
 Que son el patrimonio de mi lira!
 ¡Vaya, pequeña, vaya!
 ¡Si el naufrago no ha muerto, y la sirena
 Le conduce nadando hasta la playa,
 Le forma un lecho de mullida arena,
 Le besa con amor sobre la frente,
 Y huye al mirar que de jazmín colora
 Los pórticos de Oriente
 El pincel sonrosado de la aurora!

VII.

Desde aquel día triste,
 La princesita de las pardas brumas,
 Cuando la noche de crespón se viste,
 A solas atraviesa las espumas.
 ¿Qué placer halla cabalgando á solas
 Sobre el dorso del mar, dormido y quieto?
 ¡El placer de decirles á las olas
 Un amante secreto!
 ¡El placer de acercarse hasta la orilla
 Para pedirles nuevas del ausente,
 Del joven naufragado en la barquilla
 Que se hundió en la corriente,
 A la luna amarilla
 Y á las arenas de dorada frente!
 ¡El placer de llorar sin que ninguna
 Mirada vea desprenderse el lloro,
 A excepción de la luna
 Y de la orilla con arenas de oro!

VIII.

La ondina, al despuntar una alborada,
 Buscando un lenitivo á sus pesares,
 Se dirige á la entrada,
 Por madrêporas vírgenes formada,
 Del antro de la bruja de los mares.
 En esa cripta azul y ante esa bruja,
 Dice, hasta las entrañas conmovida,
 ¡Porque si es grande de morir la pena,
 Es aún pena mayor no ser querida!
 De la bruja al conjuro,
 Se cambia en otro sér aquel sér puro,
 Que tiene en sus miradas la divina

Belleza de las luces del ocaso,
Y que tejó la soledad marina
De sus espumas con el limpio raso.

¿Será, será el deseo
De lo imposible, acaso,
La leyenda inmortal de Prometeo?
¿Será la luz que esparce en la montaña
De su martirio, la silente luna,
El perfume sutil, la esencia extraña
De aquello que nos niega la fortuna?

IX.

— ¿Qué es el amor? — preguntas afanosa:
El *quid divinum* de la humana escena,
Una inefable música armoniosa
Que en lo callado de la noche suena,
El beso de la brisa á la azucena,
Lo que dice á la luz la mariposa.
El amor diviniza los pesares,
Pone en los juncos musical concierto,
Hace crecer las algas de los mares,
Coloca la cisterna en el desierto,
Y es... el polen que mandan tus palmares
A las palmas que orillan el Mar Muerto.

X.

Ya en mujer la sirena convertida,
Temblando se desmaya
Al pisar por las olas impelida
Los agudos guijarros de la playa,
Y al volver á la vida,
Como un infante castigado llora
Confusa y sorprendida,
Junto á sí viendo al hombre á quien adora.
Este, que es todo un príncipe heredero
De un poderoso Estado,
De su rostro hechicero,
De su gracia infantil queda prendado
Y desde aquel instante
No está contento sino estando al lado
De aquel sér tan sencillo y tan amante,
Y la sirena ufana
Dulcemente suspira
Sin comprender que el príncipe la mira
Como á una tierna y dolorida hermana.

XI.

Contemplando una nave empavesada
Con múltiples banderas,
Supo al fin desolada
La virgen de las ondas planíderas,
Que á recibir á su futura esposa,
Joven, alegre, linda, candorosa
Y heredera también de un rico Estado,
Parte al morir la tarde rumorosa
Su dueño idolatrado.
Mas á pesar del duelo que la abruma,

Al ingrato humillada y cariñosa
Envuelve en el fulgor de su sonrisa:
¡La violeta perfuma,
Mi dulce bien, la planta que la pisa!...

XII.

¿Piedad te causa su dolor profundo?...
¡Ay! cuántas veces al cruzar el mundo,
Lucero de ternura,
Como ella verterás llanto infecundo
Sobre la muerta flor de tu ventura.
Pero, ¿qué importa? la empinada cuesta
De la vida subamos con bravura:
¡El pesar, alas de cóndor nos presta
Para ascender á la celeste altura!

XIII.

La noche está sombría,
Hiende el buque la mar con fácil prora
Y la nieta del agua en su agonía
Despide á la ilusión que la enamora.
El príncipe, rendido
De esperar los fulgores de la aurora,
Duerme á sus plantas en cojín mullido.
De pronto la sirena se estremece,
Pues oye del Océano á la hechicera
Que al són del agua que la brisa mece,
Así la dice con piedad sincera:
— Cuando la luz radiante
Del ya vecino día
Por el jardín del cielo se adelante,
Será, pobre hija mía,
En espuma tu cuerpo convertido
Y tu alma sobre el mar flotará errante;
Mas si quieres volver al escondido
Palacio de la vida te besara,
Este agudo puñal hunde sin pena
Del príncipe en el seno,
Y tornarás de nuevo á ser sirena
Y á reclinarte sobre el mar sereno. —
Fría como de mármol de Carrara
Estatua peregrina,
Se quedó de mi historia la heroína,
En tanto que la maga con presteza
Del buque suspirando se separa
Tras un supremo y angustioso instante,
Moviendo tristemente la cabeza.
— ¡No debe ser! — exclama agonizante
La hija de las espumas con nobleza.
— ¡No debe ser! ¡no debe ser! ¡no quiero!
¡Más vale sucumbir sin esperanza,
Que mancillar los brillos de este acero
Con el corrupto pus de la venganza! —
Y arrojando el puñal, que va á perderse
En los grises crespones de la bruma,
En nacarina y azulada espuma
Mira su cuerpo hermoso disolverse;
Pero querube que subiendo en calma,

Hiende los aires con radiante vuelo,
De la gentil enamorada el alma
No flota sobre el mar: ¡entra en el cielo!

XIV.

¿Te ha complacido mi doliente historia?
¿Dices que sí? Pues llévala escondida
En el libro de luz de tu memoria
Al cruzar los senderos de la vida.
¡Bien haya la sirena
Que prefirió al placer de la venganza,
La corona de espinas de la pena
Y el cilicio de amar sin esperanza!
Cuando el dolor más recio nos abruma,
Más dulce debe ser nuestra sonrisa:
¡La violeta perfuma
Con su perfume al torpe que la pisa!
Pero es tarde y en torno de tu almohada
Los ángeles purísimos del sueño
Extienden ya su veste nacarada:
¡Que sobre ti se cierna con empeño
La visión de la pobre enamorada!
Y como ya he cumplido mi promesa
Y se juntan tus párpados cansados,
Apaguemos la luz á toda prisa,
¡Dejando que los ángeles sagrados
Conversen con tus ojos de turquesa!

Diciembre de 1884.

LAS DOCE.

¡Media noche! ¡silencio! la ronda Fantástica empieza, Y se junta á la voz de los kobols, La voz de las elfas.	¡Media noche! ¡silencio! la ronda Fantástica empieza, Al arrullo del arco de Krespel Que gime de pena.
¡Media noche! ¡silencio! las brujas Encienden su hoguera, Y en el carro de lirios azules Titania despierta.	Suspendida del sauce lloroso, La wüllis ligera, Con sus plantas agita la espuma Del río que tiembla.
¡Media noche! ¡silencio! los gnomos Dejando sus cuevas, A las ninfas que cruzan el bosque Lascivos acechan.	En los viejos cipreses que guardan La gótica iglesia, Alguien ríe moviendo los largos Festones de hiedra.
¡Media noche! ¡silencio! los duendes, Sin formas concretas, Iluminan el cuarto dormido Con luz de luciérnaga.	Encendido en la cumbre del monte Relumbra y chispea Como un haz de sarmentos que ati- Fantasmas de niebla. [zan
¡Media noche! ¡silencio! se escucha La rima siniestra Que á lo lejos levanta el salvaje Corcel de Mazzepa.	¡Y una extraña canturía los silfos Medrosos conciertan, En las rosas que adornan el tiesto Dormido en mi reja!

¡Media noche! ¡silencio! ¡es la hora De Mab la hechicera, Y ya siento que pulsan sus manos Del arpa las cuerdas!	¡Ya acarician los labios del moro La faz de Desdémona! ¡Y va Hamlet vestido de luto En busca de Ofelia!
¡Ya Romeo su canto de amores Le dice á Julieta, En la escala que ocultan las sombras De clámide negra!	Y á la tímida luz de la luna, Que cubre tu puerta Con un largo sudario de plata Que el viento cimbrea.

¡Mi noctámbulo espíritu cruza
Tu calle desierta,
Y depone, al llegar á tus vidrios
Un beso en las piedras!

¡CALLA!

¡No lo digas jamás!... ¡Si lo supiera
El ángel de tu guarda,
Triste al jardín del cielo volvería
Cubriéndose el semblante con las alas!

Aquella noche azul, con sus perfumes
Y con sus brisas cálidas;
Aquellas aves, que en las verdes frondas
Del rey hebreo la canción cantaban;
Tus ojos en los míos, nuestras manos
Temblando entrelazadas;
Aquella noche que cubrió á la luna...
¡Jamás lo digas!... ¡calla!

INRI.

Entrando por los vidrios de colores
La claridad del sol,
Iluminaba al templo donde á veces
Solloza mi dolor.

Fijas estaban mis pupilas tristes
En la cruz del altar,
Cuando irradió en un arco de la nave
Tu espléndida beldad.

Apenas en el gótico santuario
Apareciste tú,
Cambió de aspecto, para mí, la trájica
Figura de la cruz.

Bien clavada en las carnes la corona
De dardos de tu amor,
¡El que pendía del madero augusto
Era mi corazón!

ÍNTIMA.

Un día mis amigos me dijeron:
— ¡Nos habló mal de tí! —
Y orgullosas mis ansias respondieron:
— ¡Es por que aun piensa en mí! —
Un día me dijeron con tristeza:
— ¡Jura que te olvidó! —
Y pensé bendiciendo tu firmeza:
— ¡Lo mismo juro yo! —
Me dijeron después: — ¡Oye en sosiego
Tu nombre pronunciar! —
Y respondí, con lágrimas de fuego:
— ¡Ya me empieza á olvidar! —
Me dijeron después con alegría:
— ¡Bien de tí nos habló! —
Y pensé, con angustias de agonía:
— ¡Ahora sí me olvidó! —

SIC TRANSIT...

La encontré en el bullicio de la orgía,
Y apenas me miró;
Pero al ver que mi faz palidecía,
Gozosa sonrió.
Dominaba su espléndida hermosura
En medio del festín,
Y al irse, desprendió de su cintura
La nieve de un jazmín.
Codiciada, por otro conducida,
A mi lado pasó,
Y el jazmín, de mi pena condolido,
En mi copa arrojó.
La volví á ver. — Lasciva en sus cantares,
En sus gozos brutal,
Oficiaba la turba en los altares,
Del viejo Carnaval.
Fué en un baile de máscaras. — No era
La que yo conocí:
Tenía lo enfermizo de la cera;
Me miró y sonreí.
Me relató una historia de dolores
Entre golpes de tos,
Y al pensar cómo mueren los amores,
Sollozamos los dos.
Con un compadre de vinosa cara,
Ya tranquila, se fué,
Y al irse, sin que el otro lo notara,
Me dió una rosa thé.
¿Dónde estará? ¡Con emoción piadosa
Quisiera mi inquietud
Con el jazmín aquel y aquella rosa
Perfumar su ataúd!

LA TARDE.

La luz se va; la sombra vespertina
Sobre el verde confin vagante rueda,
Y el boyero levanta en la arboleda
Las notas de su música divina.

Muje triste la res; la purpurina
Flor de los ceibos en letargo queda,
Y agitando sus rémiges de seda,
El lechuzón se cierne en la colina.

Flotan sobre las cumbres, los rumores
En que mezclan sus rezos fatigados,
Ríos, honduras, árboles y flores;
Y pasan, en las sombras embozados,
Los espectros de todos mis amores,
Por todas mis angustias escoltados!

SIN TÍTULO.

Del wals resonaban
Los últimos ecos,
Y hácia mí viniste
Perfumando el aire con tus rizos negros.
Una rosa blanca
Dormía en tu seno,
Más puro y más suave
Que sus nacarinos y sedosos pétalos.
Sonreíste al verme,
Saludé en silencio,
Y te vi alejarte
Hablando al oído de tu compañero.
¡Cómo huyen los días!
¡Cómo vuela el tiempo!
¡De niña, en mis brazos,
Cuántas, cuántas veces conciliaste el sueño!
¡Si aun miro en tu rostro
De flor de cerezo,
La huella dejada
Por los besos míos, por mis pobres besos!
¡Tú subes la cuesta!
¡Yo al valle desciendo!
¡Tú buscas la lumbre!
¡Yo busco la noche y en sus sombras entro!
Pero oye, y á nadie
Digas mi secreto:
¡Te adoré de niña!
¡Dormida en mis brazos, te amé sin saberlo!
Y ahora, que ya es tarde,
Que te amo comprendo:
¡Ahora que ya nieva
Su nieve el otoño sobre mis cabellos!

Á SOLAS.

¡Ven! con tus brazos mi cuello oprime,
Y en mis pupilas pon tus miradas,
Mientras la noche cuelga en los guindos
De sus antorchas la luz fantástica.

Todo en silencio dormita y sueña;
Ninguno escucha nuestras palabras:
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!
¡Jura de nuevo que me idolatras!

En los senderos, los sauces crujen
Bajo su manto de nieve blanca:
¡Es que la luna peina á los sauces
Con sus pequeños peines de plata!

Meciendo airosa su traje verde
La yedra oscila sobre la tapia:
¡Es que en la yedra se esconde un nido
Y hay cuatro alitas entre las matas!

En el perfume, que nos envuelve,
Del jardín flota disuelta el alma:
¡Es que los rojos claveles buscan
A los claveles de tintas pálidas!

Ninguno sabe que nos queremos;
Los astros brillan entre las ramas:
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!
¡Prueba de nuevo que me idolatras!

GAJOS DE YEDRA.

I.

¡Oh los dulces resplandores de la lámpara bendita
Que en tu alcoba centellea con medroso centelleo,
Como un cirio que relumbra sobre el ara de la ermita
Donde escribe cada noche sus misales el deseo!

¡Oh los fuegos con que alumbran mis calladas soledades
Los relumbres cegadores de tus ojos de princesa!
¡Oh los círculos trazados por las muelles voluntades
Enterradas á la sombra de tus ojos de turquesa!

¡Oh lo suave de la mirra de tus labios purpurinos,
Y la cálida frescura de tus labios virginales!
¡Oh las rosas de las cumbres de tus senos nacarinos,
Donde tejen las abejas de la dicha sus panales!

¡Oh los cimbros tentadores de tu rítmica cintura,
Y la comba cincelada del jarrón de tus caderas!
¡Oh los oros que en tus sienes, coronando tu hermosura,
Son más rubios que las tardes de las rubias primaveras!

¡Oh visiones fabricadas con las sedas del pasado
Por los lóbregos obreros del telar de mis saudades,
Aunque cierre mi memoria con cien vueltas su candado,
Os encuentro en lo profundo de mis tristes soledades!

EN PLENA DICHA.

Si el amor es la esencia de la vida
¿Por qué estás de quererme avergonzada?
¿Por qué doblas la frente entristecida?
¿Por qué el lloro te nubla la mirada?

¡Levanta con orgullo la cabeza!
¡Mueve tu joven corazón con brío!
¿De qué servía tu gentil belleza
Antes de abrirse bajo el beso mío?

Todo tiene marcado su sendero:
El pólen urde las florales galas,
Y en el agreste azúcar del romero,
La avispa moja el sumo de sus alas.

¿Qué hace el rubí con todos sus fulgores,
De su estuche en el frío calabozo?
¿De qué nos servirían los amores
Sin la suprema convulsión del gozo?

Todo tiene marcado su camino:
Cuando relumbran las estivas llamas,
Entre los juncos del juncal vecino
Las culebras enroscan sus escamas.

Teniendo tu belleza esplendorosa
De Friné las sagradas desnudeces,
¡Sólo la envidia, la infecunda odiosa
Podría hacer severos á tus jueces!

¡No por arrepentida! ¡Por amante,
Por joven, por gentil y por morena,
Jesús de Nazareth besó el semblante,
Pálido y tentador, de Magdalena!

¡Por eso nada más! ¡Por su hermosura,
El Maestro, que amaba y comprendía,
Perdonó á la mujer, tierna é impura,
Que en sus largos cabellos le envolvía!

¡El que castiga sin juzgar, desbarra!
¡No dobles con angustia la cabeza!
¡No existiría el tigre sin la garra,
Ni el instinto sexual, sin la belleza!

¿Qué importa que te adore y que me adores?
¿No se acoplan los tordos en los nidos?
¿No fecundan las flores á las flores?
¿No se parten los astros encendidos?

¡Alzate, pues, impura y victoriosa,
Sobre el purpúreo ocaso de mi vida!
¡Ser joven, ser amada y ser hermosa,
Es ser cincuenta veces bendecida!

¡El que creó los sexos y en el vino
De la ilusión templó las voluntades,
Quiere que aquellos cumplan su destino
Y odia las infecundas castidades!

¡Brille é impere tu beldad suprema
De las lujurias en los antros rojos,
Y abrázate en el fuego que me quema
Cuando me miran tus oscuros ojos!

¡Consiente que me abisme en tus hechizos,
En el perfume de pasión que exhalas,
Y que sobre la noche de tus rizos
La voluptuosidad plegue sus alas!

¡No la espantes, mi bien, con el tirano
Rubor que anubla tu pupila hebrea,
Ya que su dulce y complaciente mano
Con invisibles gasas nos rodea!

¡Déjala que las cierre con el broche
Donde el espasmo escribe sus alegros,
Mientras hundo mis ojos en la noche
Grande y profunda, de tus ojos negros!

SIN NOMBRE.

Amo la realidad. No me conmueve
El romántico amor de que me hablas;
Ese amor que se nutre de suspiros,
Que nunca ceda y que jamás se exalta.

Yo quiero que me quieras como quieren
Las mujeres de carne; aquellas que aman
Con todos los sentidos de su cuerpo
Y todas las potencias de su alma.

Cuando estrecho tu mano entre las mías,
Quiero sentir que su contacto abrasa,
Y que agitan la sangre de tus venas
De los deseos las voraces ansias.

Cuando en mi seno de titán rendido
Tu cabecita juvenil descansa,
Quiero ver, en el fondo de tus labios,
Al beso abrir sus rumorosas alas.

Los amores azules me dan miedo;
He perdido la fuerza y la esperanza,
Persiguiendo á las vírgenes sin forma
Que en las regiones del ensueño vagan.

Voy entrando en las sombras del crepúsculo,
Y quiero descender de la montaña,
Coronada de vides la cabeza
Y de vides la lira coronada.

De aquella juventud que he malgastado
Persiguiendo á la ronda de fantasmas,
Breves horas me restan, y esas horas
Deseo á la verdad sacrificarlas.

Si no puedes amarme de otro modo
Que con tu fría estupidez de estatua,
No tomes mi cabeza entre tus manos,
Poniéndola en el nido de tu falda.

¡Tú puedes esperar! ¡Tú todavía
Tienes la placidez de la mañana;
Pero aquel sol que iluminó mi senda,
Ya los picachos últimos traspasa!

ELLA.

Es tan hermosa mi princesita,
Es tan alegre, tan jovencita,
Con tanta gracia mueve su pié,
Que cuando pasa, luciendo el talle,
De oro los cielos cubren el valle,
De oro que dice:—¡Písemme usted!

En lo redondo de su garganta
Tiene un boyero, que arrulla y canta,
Puesta la urdimbre de su mansión;
Siendo su risa, que rauda vuela,
Como el acorde de la vihuela
En los balances del pericón.

Ostenta el raso de su mejilla,
Donde la sangre se agolpa y brilla,
Donde lo rubio del alba está,
El rojo tinte de seda fina
Con que se adorna la campesina
Flor del cimbrante burucuyá.

No hay quién la mire que no la quiera:
Es un columpio de enredadera
Con un nidito de colibrí;
Y hay en sus labios, que son claveles,
Todo el azúcar que hay en las mieles
Mejor labradas del camuati.

En lo profundo de su mirada
Escondió el ángel de la alborada
El haz que dora su blanco tul;
¡Ella es el río, yo el camalote
Que se contempla nadando á flote
En la tranquila corriente azul!

EN EL CAMALOTE.

Al morir una tarde de otoño
Lluviosa y opaca,
Un islote columpian los vientos
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,
Un nido se alza,
Donde asoman dos aves pequeñas
Sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida é inmóvil,
La madre se halla;
Sobre el nido, que azota la lluvia
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
Con sus píos más tiernos le habla,
Enseñando á la madre la orilla
Que muestra á lo lejos su muro de ra s.